Globethics Repository



Ascenso tecnocrático y democracia en América Latina [Technocratic rise and democracy in Latin America]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Silva, Patricio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-11 05:30:41
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219395

Nueva Sociedad Nro. 152 Noviembre-Diciembre 1997, pp. 68-77

Ascenso tecnocrático y democracia en América Latina

Patricio Silva

Patricio Silva: politólogo, profesor-investigador de la Universidad de Leiden, Holanda.

Palabras clave: tecnocracia, transición democrática, cultura política, América Latina.

Resumen:
En este ensayo se analizan los principales factores socioeconómicos, políticos y culturales que han facilitado durante los últimos años el notable fortalecimiento de posiciones tecnocráticas al interior de las nuevas democracias latinoamericanas. En la actualidad, en la mayoría de los países de la región los tecnócratas han pasado a convertirse en importantes actores nacionales cuya influencia se extiende mucho más allá de los ámbitos estrictamente económicos y financieros. El objeto central de estas reflexiones es establecer de qué manera y en qué grado la creciente tecnocratización del proceso de toma de decisiones y de la política en general está afectando la naturaleza misma de las nuevas democracias latinoamericanas.

La presencia de tecnócratas en altos niveles de gobierno ciertamente no constituye un fenómeno nuevo en América Latina. Ya a partir de fines del siglo pasado, el continente fue testigo de diversos proyectos políticos que, en mayor o menor grado, estimularon el ascenso de hombres con conocimientos técnico científicos a posiciones de poder. Entre los casos más notables se encuentra el régimen de Porfirio Díaz en México, que a fines del siglo pasado invitó a su gobierno a un grupo de intelectuales y profesionales, los llamados ***científicos,*** quienes tuvieron como propósito introducir una administración «científica y racional» de los asuntos de Estado, basada en principios positivistas[1]. Otro importante precedente histórico lo constituyó el régimen del coronel Carlos Ibáñez del Campo en Chile a fines de la década del 20, quién intentó instaurar un sistema tecnocrático autoritario, contando para ello con el apoyo entusiasta de un grupo de jóvenes ingenieros[2]. Sin embargo, el fenómeno tecnocrático sólo lograría adquirir una visibilidad generalizada en América Latina a partir de

[1] J.D. Cockcroft: Intellectual Precursors of the Mexican Revolution, 1900-1913, University of Texas Press, Austin, 1968.
[2] Patricio Silva: «State, Public Technocracy and Politics in Chile, 1927-1941» en Bulletin of Latin American Research 13/3, 1994, pp. 281-97.

la década del 60 tras la aparición de gobiernos militares en Brasil, Argentina, Chile y Uruguay, que Guillermo O'Donnell caracterizaría como «regímenes burocrático-autoritarios»[3]. También en aquellos años, el régimen mexicano comenzaba a adoptar un visible carácter tecnocrático, generando con el paso del tiempo un extenso debate académico en torno al rol de los tecnócratas en el sistema político de ese país[4].

La «afinidad electiva» que se ha dado históricamente entre militares y tecnócratas[5] es evidente. Ambos actores a menudo han demostrado compartir un rechazo por la política de partidos y una fe en soluciones técnicas y aparentemente «apolíticas» para los problemas nacionales. Sin embargo, sería equivocado concluir de ello que el fenómeno tecnocrático se encuentra exclusivamente vinculado a proyectos autoritarios. A partir del periodo de la posguerra, los tecnócratas han participado también activamente en gobiernos democráticos y semi-democráticos que han impulsado procesos de industrialización sustitutiva y de integración económica regional. En Chile, por ejemplo, el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970) fue secundado por un verdadero ejército de ,«cuadros técnicos» en la formulación y ejecución de su ambicioso programa de reformas económicas y sociales[6]. En aquel mismo periodo, en Centroamérica, los tecnócratas jugaron un rol clave en la constitución y fortalecimiento del Mercado Común Centroamericano[7]. Sin embargo, el debate académico sobre el fenómeno tecnocrático en la región ha tendido a concentrarse casi exclusivamente en el análisis de regímenes autoritarios. Esto ha llevado a que el estudio de las formas en que opera la tecnocracia en regímenes democráticos constituya un área de investigación relativamente inexplorada.

Democratización y ajuste estructural

Desde un primer momento el estudio del papel político de los tecnócratas en las nuevas democracias latinoamericanas se vio dificultado debido a que en la

---

[3] Guillermo O'Donnell: ***Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Polifics***, linstitute of International Studies, University of California, Berkeley, 1993; David Collier (coord.): ***The New Authoritarianism in Latin America***, Princeton University Press, Princeton, 1979.

[4] Roderic B Camp: «The Middel-Level Technocrat in Mexico» en ***Journal of Development Areas*** vol. 6, 1972, pp. 571-82; Peter H. Smith: ***Laberinths of Power: Political Recruitment in Twentieth Century Mexico***, Princeton University Press, Princeton, 1979.

[5] Entendiendo por tecnócratas individuos con un relativamente alto nivel de entrenamiento académico especializado, particularmente en los terrenos de la economía y la ingeniería, que parten del principio de que la mayoría de los problemas de la sociedad pueden ser resueltos a través de métodos científicos y técnicos. En general, descartan la política y la participación ciudadana en la resolución de dichos problemas. En su opinión, sólo los poseedores de dichos conocimientos científicos específicos estarían en óptimas condiciones de formular y aplicar soluciones coherentes y sustentables.

[6] Sergio Molina: ***El proceso de cambio en Chile: La experiencia 1965-1970,*** Editorial Univensitaria, Santiago, 1992.

[7] Gary W. Wynia: Politics and PIanners: Economic Development Policy in Central America, The University of Wisconsin Press, Madison, 1972.

mayoría de los casos se trató de procesos simultáneos de transición política y económica. De esta manera, al mismo tiempo que los regímenes autoritarios daban lugar a gobiernos democráticamente elegidos, gran parte de las economías latinoamericanas comenzaban a adoptar políticas de libre mercado de sello neoliberal. Esto produjo casi en forma natural una suerte de «división del trabajo» en el ámbito académico entre sociólogos, politólogos y juristas, por un lado, y economistas, por otro. Así, los primeros se dedicaron casi en forma exclusiva al estudio de temas constitucionales e institucionales, los partidos y la política electoral, las relaciones entre civiles y militares y los problemática de los derechos humanos. Los economistas, por su parte, centraron su atención en los llamados programas de ajuste estructural, debatiendo sobre sus orígenes, formulación, implementación y resultados. Si bien es cierto que en el debate sobre el ajuste económico sise ha prestado atención a su relación con el proceso de transición[8], la mayor parte de las referencias al rol de los tecnócratas sin embargo guarda sólo relación a su papel estratégico en la formulación y aplicación de políticas económicas y financieras en las nuevas democracias. Debido a este énfasis en los recientes programas de ajuste económico, se ha creado implícitamente una relación demasiado estrecha entre dichos programas y el papel estratégico jugado por los tecnócratas. Esto ha llevado a oscurecer la dimensión de largo plazo del ascenso de la tecnocracia en América Latina, ***más allá*** del ajuste.

La adopción de estos programas ha ido acompañada en la mayoría de los casos por la designación de economistas de orientación tecnocrática para los cargos gubernamentales estratégicos (ministros de economía y hacienda, bancos centrales, organismos de planeación, etc.), responsables de la formulación y la aplicación de esos nuevos lineamentos económicos. Para facilitar la aplicación de los programas de ajuste estructural, numerosos gobiernos democráticos han tratado concientemente de aislar a los equipos económicos de las presiones directas provenientes de la sociedad. Como consecuencia de esto, en varios países los tecnócratas han obtenido en la actualidad un alto grado de «autonomía relativa» frente a empresarios, sindicatos y partidos políticos, ampliando con esto aún más su espacio de maniobra en la toma de decisiones.

La extrema visibilidad que los gobiernos han dado deliberadamente a los equipos económicos está, en parte, relacionada con los esfuerzos por enviar «señales» adecuadas al mundo de los negocios y de las finanzas, tanto nacional como internacional, para así convencerlos de que el manejo

[8] John Williamson (comp.): ***Latin American Adjustment. How Much has Happened?*** Institute for International Economics, Washington, 1990; Stephan Haggard y Robert R, Kaulfman (comps.): ***The Politics of Economic Adjustment,*** Princeton University Press, Princeton, 1992; Stephan Haggard y Robert R. Kaufman (comps.): ***The Political Economy of Dernocratic Transitions,*** Princeton University Press, Princeton, 1995; Sebastián Edwards: ***Crisis and Reform in Latin America: From Despair to Hope,*** Oxford University Press, Nueva ***York,*** 1995.

económico está en manos competentes[9]. Los tecnócratas latinoamericanos no se han sentido solos en la aplicación de reformas económicas ya que éstas coincidían plenamente con los principios neoliberales que desde comienzos de los 80 venían alcanzando una hegemonía casi indiscutida en el mundo industrializado. De esta manera, pudieron contar con el apoyo político de Estados Unidos y otros países desarrollados, a la vez que el FMI y el Banco Mundial les entregaban un amplio respaldo técnico e intelectual[10].

Los tecnócratas latinoamericanos han desempeñado además un papel estratégico en la conducción de negociaciones tendientes a reestructurar la deuda externa y obtener nuevos créditos y ayuda financiera desde el exterior. De hecho, han pasado a convertirse en la contraparte nacional de los expertos financieros extranjeros que evalúan el desempeño de las economías latinoamericanas. La posesión de antecedentes académicos comunes (a veces, habiendo compartido las mismas aulas universitarias norteamericanas) claramente ha facilitado la comunicación entre expertos financieros extranjeros y locales, quienes han sido entrenados en el uso de un lenguaje técnico similar y que comparten en líneas generales las mismas posiciones teórico-doctrinarias[11]. Sin embargo, si bien ciertos factores internacionales jugaron obviamente un papel importante en la legitimación y consolidación de la posición de los tecnócratas dentro de la elite política, sería erróneo intentar explicar el ascenso de la tecnocracia como el resultado exclusivo de influencias ***externas***[12]***.*** Como veremos más adelante, también una serie de factores internos ha sido clave en el auge tecnocrático.

Lo que es necesario subrayar aquí es el hecho de que los tecnócratas han adquirido en muchos países una presencia pública, y un grado de aceptación y de legitimidad entre la clase política y la opinión pública en general, mucho mayores que los que tenían en el pasado reciente[13]. Esto ha quedado reflejado, entre otras cosas, en el hecho de que varios ministros de finanzas a cargo de equipos económicos de orientación tecnocrática hayan adquirido un inusual grado de popularidad en la población, convirtiéndose incluso en figuras ***presidenciables.*** Este es el caso del ex-ministro de Hacienda y actual presidente del Brasil, Fernando Henrique Cardoso, del ex-ministro de Economía de la Argentina, Domingo Cavallo, y del ex-ministro de Hacienda de Chile, Alejandro

---

[9] Ben Ross Schneider: «The Material Base of Technocracy: Investor Confidence and Neoliberalism in Latin America» en Miguel A. Centeno y Patricio Silva (comps.): ***The Politics of Expertise in Latin America,*** Londres, Macmillan, 1997, pp. 77-95.

[10] Barbara Stallings: «Internationai Influence on Economic Policy», en Stephan Haggard y Robert R. Kaufman (comps,): ***The Politics of Economic Adiustment,*** ob. cit., p. 84.

[11] John Markoff y Verónica Montecinos: «The Ubiquitous Riseof Economists» en ***Joumal of Public Policy*** 13/1, 1993, pp. 37-68.

[12] Ben Ross Schneider, ob. cit.

[13] Obviamente no se trata de una aceptación generalizada. En países como Costa Rica, por ejemplo, los epítetos de «neoliberal» o «tecnócrata» son considerados como ofensivos en el debate político actual.

Foxiey, entre otros[14]. Mas ¿cómo explicar el protagonismo que han ido adquiriendo estos tecnócratas al interior de los círculos gobernantes y en la arena política latinoamericana en general? Ciertamente, esta nueva situación no se puede explicar exclusivamente por el papel central que les ha cabido a los tecnócratas en la aplicación de los crecientes programas de estabilización y el mayor grado de legitimidad política que les ha sido otorgado por el hecho de operar ahora en un régimen democrático. Si bien dichos factores no dejan de ser relevantes, no ofrecen una explicación concluyente del fenómeno.

Debilitamiento de posiciones anti-tecnocráticas

El estudio de la consolidación del carácter tecnocrático del proceso de toma de decisiones que ha tenido lugar durante los últimos años no puede estar exclusivamente dirigido hacia las fuerzas que lo ***favorecieron,*** tales como las instituciones financieras internacionales, los círculos empresariales, los partidos políticos de derecha y otros sectores afines. En mi opinión, un factor de tanta o mayor importancia para la consolidación de las pautas tecnocráticas ha sido el espectacular debilitamiento –y en algunos países la virtual desaparición– de la activa presencia en el debate nacional de las fuerzas que tradicionalmente se le oponían, como los partidos de izquierda, las organizaciones sindicales, el movimiento estudiantil, etc. Esto último contribuye, asimismo, a explicar por qué desde la restauración de los regímenes democráticos en la región, la mayoría de los países ha adoptado (o mantenido) políticas económicas neoliberales. No debemos olvidar que la aplicación de este tipo de políticas por parte de equipos económicos tecnocráticos constituyó en países como Argentina, Chile y Uruguay uno de los rasgos más importantes (y criticados) de los antiguos regímenes militares. Por eso es digno de destacar que la restauración democrática a ido a menudo acompañada del triunfo de fórmulas electorales que abierta o implícitamente han apoyado políticas de corte neoliberal, como ha sido el caso de Alberto Fujimori en el Perú, Sixto Durán en Ecuador, Gonzalo Sánchez de Lozada en Bolivia, Eduardo Frel Ruiz-Tagle en Chile y Carlos Menem en Argentina al momento de su reelección[15]. Ciertamente esto tiene que ver con la mencionada hegemonía global alcanzada por la ideología neoliberal, la presión de organismos financieros internacionales y, en general, con la falta de alternativas económicas consideradas viables. Sin embargo, creo que los motivos que han llevado a importantes segmentos de la sociedades latinoamericanas a aceptar esta nueva reafldad tecnocrática y neoliberal se encuentran especialmente en el pasado político reciente del continente.

---

[14] En un reciente libro se analiza detalladamente, si bien desde una óptica demasiado personalista y apologética, el rol que jugaron estas figuras en la doble transición latinoamericana; Jorge I. Domínguez (comp.): ***Technopols: Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990s***, The Pennsylvania State University Press, University Park, 1997.

[15] Véase Rosario Espinal: «Development, neoliberalism and electoral politics in Latín Amerrca» en ***Development and Change*** 23/4, 1992, pp. 27-48.

Las dictaduras militares inauguradas en los 70 asestaron un fuerte golpe (a veces mortal, como en el caso de Chile) a las políticas populistas en muchos países de América Latina, basadas en relaciones clientelares entre el Estado y la sociedad civil. Lo que hasta ahora no se ha destacado suficientemente es que también el populismo sufrió una derrota psicológica decisiva cuando un gran número de ciudadanos. con razón o sin ella, internalizaron la opinión divulgada por dichas dictaduras en el sentido de que las fórmulas populistas habían sido unas de las principales causas de la crisis política y económica que precedió al derrumbe del antiguo orden democrático, Esto explica en parte el hecho de que tras la restauración democrática, en la mayoría de los países latinoamericanos las fórmulas populistas no lograran concitar el apoyo popular de otrora[16].

La naturaleza pactada que poseyeron varias transiciones –en donde tácita o explícitamente militares y dirigentes políticos acordaron, entre otras cosas, evitar una regresión hacia el pasado populista[17]– llevó en muchos casos al abandono definitivo de prácticas políticas de dicha naturaleza. Sin embargo, con o sin pacto, entre la mayoría de los líderes políticos existía también el convencimiento de que todo posible desborde de las ofertas políticas y de las demandas sociales podría desembocar en una situación inmanejable que llevaría nuevamente y en forma ineludible al derrumbe de la aún débil institucionalidad democrática[18].

En el pasado, el discurso populista se caracterizó por su gran ambigüedad. Hoy en día, muchos gobiernos latinoamericanos intentan justificar las reformas económicas y administrativas a través del uso del discurso de la «modernidad» sin entrar tampoco en detalles sobre qué exactamente se debe entender con eso. En todo caso, han sido particularmente los tecnócratas quienes, con mayor o menor éxito, intentaron legitimar las reformas neoliberales ante la clase política y la población en general con el argumento de que dichos cambios constituirían un paso necesario para lograr la anhelada «modernización» de la sociedad.

El ascenso tecnocrático se ha visto además favorecido por el adelgazamiento de los partidos políticos en la nueva democracia. Los partidos, que en otros tiempos funcionaron como mecanismos de movilización social ***par excellence, ya*** no poseen la fuerza de convocatoria y representatividad de la que gozaron en

---

[16] En aquellos países en donde el populismo logró sobrevivir los regímenes militares, el desencanto ciudadano con este tipo de estilo político vendría más tarde tras el espectacular fracaso de gobiernos de corte populista como el de Alan García en el Perú y de Abdalá Bucaram en el Ecuador.

[17] Véase John Higley y Richard Gunther (comps.): ***Elites and Democratic C****onsolidation in Latin America* and ***Southerni Europe***, Cambridge University Press, Nueva York, 1992. Véase también Gretchen Casper y Michelle M. Taylor: ***Negotiating Democracy. Transitions from Authoritarian Rule, U***niversity of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1996.

[18] Véase Guillermo O'Donnell y Philippe Schmitter: ***Transitions from Authoritarian Rule***: Tentative ***Conclusions About Uncertain Democracres, T***he Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1986.

el pasado. El debilitamiento de los partidos políticos se encuentra relacionado con la dura represión sufrida durante los regímenes autoritarios, la actual crisis de paradigmas político-doctrinarios en general y de la izquierda en particular, la incapacidad de adaptación de los discursos y programas a la realidad contemporánea, y el alto grado de corrupción política. A esto se une la creciente atomización de la población, que en forma cada vez más generalizada ha pasado a adoptar estrategias socioeconómicas individuales por sobre la búsqueda de objetivos colectivos.

Recordemos además que en numerosos países los partidos políticos constituían en el pasado uno de los principales mecanismos de reclutamiento para el ascenso a altos puestos de gobierno. Su actual debilitamiento ha creado en varios países un mayor espacio para el uso de criterios meritocráticos en la selección de miembros de gabinete y otros importantes puestos directivos, quienes ahora se definen llanamente a sí mismos como «independientes» e incluso como «apolíticos». Si bien aún se está muy lejos de eliminar el personalismo y clientelismo partidista en el proceso de reclutamiento de los funcionarios más cercanos de los gobernantes latinoamericanos, el rápido ascenso de individuos no relacionados formalmente con la política y de orientación tecnocrática en el círculo interior del poder es un hecho. Una ojeada de las credenciales técnico-académicas de una parte importante de los actuales gabinetes ministeriales latinoamericanos dejaría inmediatamente al descubierto el marcado ascenso de los economistas y la fuerte presencia de técnicos y expertos en general por sobre figuras netamente políticas.

Finalmente, es necesario referirse al dramático debilitamiento experimentado por el estamento intelectual tradicional (compuesto principalmente por sociólogos, cientistas políticos, filósofos, figuras del arte, etc.). Este sector, que por definición posee la habilidad de elaborar una visión crítica de la realidad político-social, no ha dejado oír su voz con la fuerza que lo hizo en el pasado. En algunos casos, ello es el resultado de la decisión de unirse a la tarea de la consolidación democrática, que los enfrentó al dilema de cómo realizar un aporte significativo a la consolidación de la democracia –lo cual se encontraba íntimamente ligado al éxito de los gobiernos democráticamente electos– y, al mismo tiempo, cumplir adecuadamente con un rol crítico en la sociedad. Ante esta disyuntiva, muchos optaron por posponer la adopción de una actitud más crítica ante las autoridades hasta que la democracia estuviera firmemente consolidada. Sin embargo, con el correr de los años esto último no se ha dado. Mientras algunos intelectuales pasaron a recluirse en sus actividades estrictamente académicas. otros han concentrado sus esfuerzos en la formulación y ejecución de proyectos de naturaleza asistencialista a través de las cientos de ONGs con sede en América Latina. Por último, un sector no despreciable de la clase intelectual ha pasado, en mayor o menor grado, a

adoptar los postulados neoliberales dominantes y actitudes netamente tecnocráticas[19].

¿Rumbo a democracias tecnocráticas?

El análisis precedente nos lleva a las implicaciones de la adopción del paradigma neoliberal y la consecuente tecnocratización de la toma de decisiones para los nuevos regímenes democráticos de la región. Tras la restauración democrática, los tecnócratas en un primer momento vieron restringido su campo de acción debido a la naturaleza misma del proceso de transición. Junto a ellos, los políticos tradicionales y los expertos constitucionales jugaron un marcado protagonismo en el tratamiento de temas que fueron fundamentales, tales como la problemática de los derechos humanos, la consolidación de alianzas políticas, la eliminación de los «enclaves autoritarios» en el sistema jurídico, y las relaciones cívico-militares, entre otros. Sin embargo, a medida que la discusión sobre los derechos humanos fue quedando atrás y las reformas judiciales iban eliminando poco a poco la legalidad heredada de los regímenes autoritarios, los objetivos netamente económicos comenzaron a dominar la agenda de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos. Como se indicó anteriormente, esto iría acompañado de un fuerte ascenso tecnocrático.

Ya en los primeros años del proceso de democratización, Paul Cammack sugirió la posibilidad de que las nuevas democracias latinoamericanas podrían ir adoptando un carácter claramente schumpeteriano. Tal como en Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial, las elites políticas latinoamericanas habrían adoptado la decisión conciente de limitar la participación ciudadana en los asuntos políticos, y de imponer un control elitista sobre el proceso de tomas de decisiones del gobierno[20]. Efectivamente, podemos constatar que tras la restauración del régimen democrático en América Latina, el concepto de democracia ha perdido la mayor parte de sus connotaciones rousseaunianas, con sus aspiraciones de participación igualitaria en el proceso de toma de decisiones sobre los destinos nacionales. Si bien no en forma explícita, la visión schumpeteriana de la democracia –en la que la democracia no es más que un ***método*** para arribar a decisiones políticas y en donde la participación de los ciudadanos se limita en los hechos al momento de emitir su voto en las elecciones[21]– está pasando a ser tácitamente aceptada en varios países de la región. De esta manera, desde la restauración democrática la búsqueda de acuerdos y consensos ha tenido lugar casi exclusivamente en los niveles superiores de la clase política, mientras sistemática mente se ha evitado el

[19] James Petras: «metamorphosis of Latin America's Intellectuals» en ***Latin American Perspectives*** 17/2, 1990, pp. 102-112.
[20] Paul Cammack: «Democratisation: A Review of the Issues» en ***Bulletin of Latin American Research*** 4/2, 1985, p. 45.
[21] Véase Joseph Schumpeter: ***Capitalism, Socialism, and Democracy***, Alien & Unwin, Londres, 1987 [1942].

debate político a niveles societales inferiores. En la práctica, sólo el gobierno y el parlamento son identificados como las únicas fuentes legítimas de poder en proceso político. Toda manifestación político-social que se dé fuera de estos ámbitos (tales como protestas callejeras, ocupación de locales, o huelgas con alguna connotación política), suelen ser vistos como actos ilegítimos. Ello ha desembocado a menudo en la constitución de «democracias de baja intensidad»[22]. Si bien en un primer momento la baja intensidad de su dimensión participativa pudo haber sido justificable para facilitar la gobernabilidad durante el difícil proceso de transición y consolidación democráticas, hoy por hoy está pasando a convertirse en una característica estructural del nuevo régimen político en varios países de la región. Es justamente la existencia de estas democracias «minimalistas» lo que genera un hábitat político-administrativo ideal para la gestación y expansión de las corrientes tecnocráticas en el seno del aparato gubernamental.

En las nuevas democracias latinoamericanas, la legitimidad que concede al sistema político el hecho de que las autoridades hayan sido elegidas directamente por medio del sufragio popular, ya no es suficiente. En los últimos años, la legitimidad de los gobiernos democráticos ha pasado a depender en forma cada vez más notoria no sólo de su habilidad en satisfacer las demandas materiales básicas de la población (más empleo, mayor acceso a la vivienda, la educación, la salud, etc.) sino que, sobre todo, en mantener los equilibrios macroeconómicos[23]. Irónicamente, los equipos tecnócratas de los pasados regímenes militares –al especificar concretamente sus objetivos económicos (tales como reducir y mantener la inflación, el déficit fiscal y comercial bajo un cierto nivel)– hicieron que la población pasara a evaluar el performance de los gobiernos en términos más concretos. Nos guste o no, el hecho es que en la actualidad, como lo demuestra el caso argentino, la destreza de los gobiernos en controlar el precio del dólar, reducir la inflación, mantener un flujo adecuado de inversiones extranjeras, junto a otras variables macroeconómicas, pasa a ser decisivo en las posibilidades de los líderes políticos para extender su permanencia en el poder. De allí que el tener un buen equipo económico compuesto por prestigiosos tecnócratas, se haya convertido en un verdadero ***conditio sine qua non*** para captar la confianza del electorado. Todo esto estaría indicando que no sólo estamos en presencia de un ascenso tecnocrático en el sentido de la colonización por parte de los tecnócratas de las instituciones del Estado. Junto con ello, se estaría también produciendo una gradual tecnocratización en los aspectos valorativos de la cultura política de la población, al pasar ésta a privilegiar en forma cada vez más explícita variables de tipo económicofinancieras por sobre aquellas de naturaleza estrictamente política.

A lo anterior debe agregarse la creciente impopularidad de la política, los políticos y los parlamentos. Dicha impopularidad es el resultado, en parte, de la

---

[22] Edelberto Torres-Rivas: ***La democracia posible,*** EDUCA, San José, 1987.
[23] Walter Littie: «Dernocratization in Latin Arnerica, 1980-95» en David Potter et al. (comps.): ***Democratization***, Polity Press, Cambridge, 1997, p. 181.

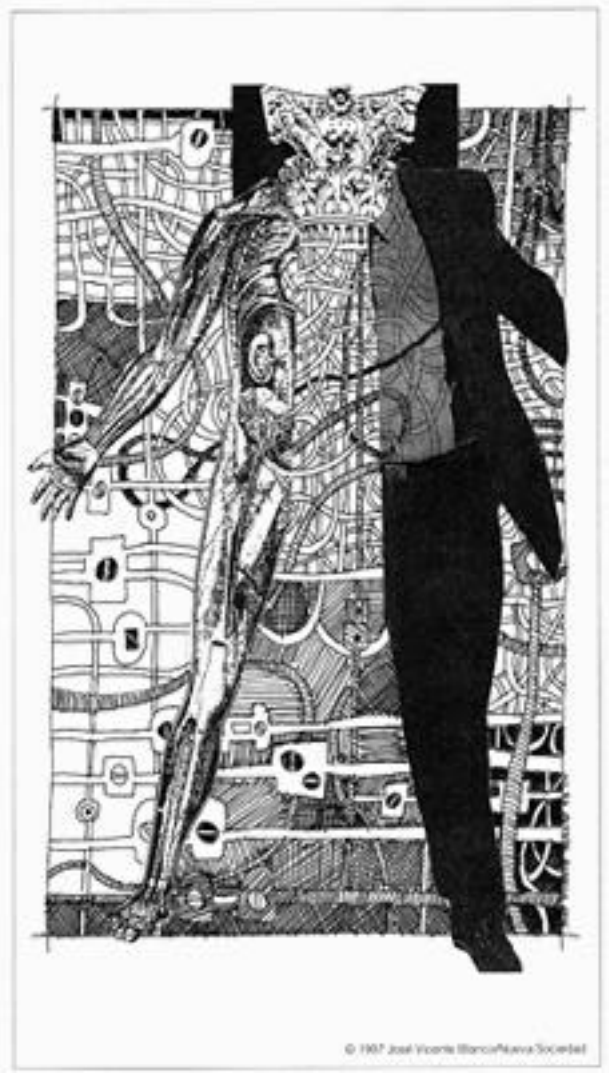
memoria colectiva referente al desempeño de los políticos antes del desmoronamiento del antiguo régimen democrático. A esto se agregan los tristes espectáculos de corrupción generalizada que ya ha llevado incluso a la caída de presidentes, como es el caso de Carlos Andrés Pérez, Fernando Collor de Mello y más recientemente Abdalá Bucaram. Si bien en ocasiones específicas la gente ha alzado su voz para manifestar su indignación ante notorios casos de corrupción por parte de las autoridades, la masiva pérdida de confianza en la clase política a ayudado a fortalecer aún más el proceso de despolitización en la población, iniciado concientemente por los antiguos regímenes autoritarios. Así, la incapacidad de muchos gobiernos democráticos de solucionar o al menos aminorar los principales problemas de la gente, ha llevado a un desencanto generalizado por la política, reflejado, como en el caso de Nicaragua, en un creciente cinismo y apatía entre las masas. Lo curioso es que en los contados casos donde se han dados gobiernos exitosos que han sido capaces de solucionar paulatinamente los principales problemas de la gente, la ciudadanía también ha caído en un creciente sopor político, si bien por motivos diferentes.

Este pareciera ser el caso chileno, en donde la población ha comenzado a acostumbrarse a ser gobernada por gobiernos relativamente eficientes y estables. Allí, la desmovilización política –como sucede en varios países industrializados– sería en parte el producto del conformismo generalizado (que aveces bordea el triunfalismo) imperante en dicho país. Lo que interesa subrayar aquí es que, ya sea por encanto o desencanto, la despolitización de las sociedades latinoamericanas ciertamente coadyuva a fortalecer aún más la posición de tecnócratas en los gobiernos. Tanto en América Latina como en otras partes del mundo[24], existe la idea de que la solución para eliminar la corrupción a altos niveles de gobierno sería el reemplazo de los políticos por un gabinete de tecnócratas. Sin embargo, un gobierno tecnocrático puede ser tanto o más corrupto que uno dirigido por políticos tradicionales, como quedó categóricamente demostrado durante la administración de Carlos Salinas de Gortari en México.

La creciente tecnocratización de las democracias latinoamericanas hace necesaria la creación de mecanismos adecuados de fiscalización de la acción de tecnócratas en altas esferas de gobierno, ya sea por medio de la conformación de comisiones parlamentarias especializadas o la adopción de una actitud más vigilante por parte de los respectivos organismos de contraloría nacional. Si bien dichos mecanismos deben evitar afectar negativamente el grado de eficacia de la labor de estos expertos, deben tener como objetivo el restablecimiento de la autoridad de los representantes elegidos democráticamente por la población por sobre el estamento tecnocrático. En otras palabras, el actual proceso de tecnocratización de la democracia en

[24] Como sucedió en el gobierno palestino en julio de 1997. tras la denuncia de que varios ministros habían malversado millones de dólares.

América Latina requiere ser decididamente reorientado hacia una creciente democratización de la tecnocracia.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista